



Uivir en la sombra

*Texto de Natália Fernandes y Miguel Borges,
Miembros del Instituto de Educação da Universidade do Minho, Braga, Portugal.*

*Ilustración de Bernat Organista Roa,
Estudiante del Grado en Bellas Artes de la Universitat de Barcelona, España.*

En la pantalla electrónica parpadeaba ahora el número 34. Había llegada su turno. Ayan –así se llamaba el joven– dirigió su mirada hacia el pequeño papel que tenía en la mano y confirmó que también allá estaba escrito el número 34. Todavía en la sombra se levantó dudoso, miró hacia sus padres y hacia Farik y Sonya, sus hermanos mayores, quienes por haber nacido en Siria no habían pasado aún por aquello que él pasó.

Ellos lo vieron y sonrieron orgullosamente. Ayan comenzó a recorrer el espacio entre la silla donde estaba sentado y el escritorio donde iba a ser atendido. Desconocía lo que le esperaba, pues no sabía lo que era vivir en la luz: siempre había vivido en la sombra e invisibilidad. Se dirigió a la mesa 11, por encima de la cual se agigantaba, en un neón rojo, el número 34. Y fue, en ese corto trayecto, que Ayan vio toda su vida desfilarse ante sus ojos. Dicen que, como en las películas, en situaciones límite la vida nos pasa por la mirada y eso es, precisamente, lo que le aconteció a Ayan. Fueron 19 años de vida y recuerdos que desfilaron ante sí.

Ayan había nacido en un campo de refugiados situado en una isla del Mediterráneo, lugar al que sus padres habían llegado huyendo de la guerra que azotaba su país natal. Ayan no había venido al mundo como un ser en sombra, como un ser invisible, pues todas las niñas y niños, cuando nacen, son iguales –o al menos eso dicen los mayores–. Pero desde el momento en que tuvo conciencia de sí mismo percibió que era diferente, porque le habían sido arrebatados algunos derechos con los que sí contaban otras niñas y niños.

Por ejemplo, al contrario que sus hermanos, nunca fue vacunado. Bien, esa parte hasta le agradaba, pues hundir aquella aguja enorme en su brazo debía de ser doloroso. Había muchos otros niños y niñas como él: invisibles. ¡No existían! Tal como Ayan, habían nacido en campos de refugiados o en países que no reconocían su nacionalidad. Y, como no tenían registro de nacimiento, no podían solicitar la nacionalidad o la identidad. ¡Eran apátridas! ¡Sin país, sin existencia, sin derechos!

Ayan empezó a sentirse verdaderamente invisible a los 4 años, cuando la familia se mudó a un país de acogida. En el campo de refugiados se limitaban a sobrevivir, siendo

sombras de aquello que, por derecho, deberían ser. Aún recuerda perfectamente el día que abandonaron el campo. Aquella mañana había salido a buscar agua y, cuando regresó a la tienda, la alegría era inmensa. Les había sido permitido vivir en un país europeo, donde podrían tener una vida normal: trabajar, estudiar, soñar...

Y fue en ese país, en una pequeña villa, lejos de la capital, que Ayan se transformó en una sombra y empezó a deambular por la vida. A pesar de ello, ¡todo parecía tan maravilloso! Apenas llegaron fueron alojados en una casa independiente. Ayan compartía el cuarto con Farik, pero la casa era preciosa, con una cocina-sala con televisión y dos cuartos de baño.

El traductor, el Señor Duval, se apresuró a exaltar el barrio, destacando como méritos dentro de sus cualidades el hecho de que el mismísimo Alcalde, el Señor Renaud, también vivía en ese vecindario y que, curiosamente, también tenía 3 hijos. Los padres de Ayan rápidamente encontraron empleos, de muchas horas y poco sueldo... Pero como decía su padre: «¡Tenemos que ser agradecidos a Alá, por darnos esta oportunidad! Por eso pórtense bien, sean tolerantes y hagan siempre lo mejor que puedan... ¡Tenemos que merecer esta oportunidad!»

En los días subsiguientes, los hermanos fueron a la escuela. Ayan se quedó en casa. No tenía papeles y no podía ir a la escuela, pues no existía...Y eso provocó que su sombra se fuera alargando, agigantando y poco a poco le fue robando color y vida.

Todo le estaba prohibido. Como aquella vez que contrajo varicela y no pudo tener tratamiento médico. Por eso, todavía hoy, tenía algunas marcas de la enfermedad en su rostro. En otra ocasión la Alcaldía ofreció una visita gratuita al Zoo a las niñas y niños de su edad, pero a Ayan no pudo ir pues no tenía seguro de salud.

En la villa las personas eran agradables y simpáticas. Ayan asistió a la escuela a pesar de ser una sombra, de no existir como alumno. No estaba matriculado y, por eso mismo, no tenía los mismos derechos que sus amigos tenían. No tenía apoyo para los libros ni para las actividades extracurriculares. Era un niño que se portaba bien y aprendía rápido y, sin embargo, al final del año, lo que él hacía no contaba para nada. De nuevo, ¡era invisible!

En todo lo demás, Ayan era un niño como cualquier otro. Veía televisión, jugaba y le encantaba, especialmente, ir a nadar en el río que discurría a unos 500 metros de su barrio. Debido a esa proximidad, desde que se mudaron a ese lugar el padre los había enseñado a nadar para evitar cualquier accidente. Y le encantaba el fútbol: era aficionado del club de la región y de su selección nacional, donde destacaban hijos de emigrantes. Soñaba, un día, poder formar parte de ese grupo de elegidos. Pero no tenía «papeles». Esos «papeles» que prohibían los sueños. ¡No tenía nacionalidad, no tenía identidad!

Una existencia sombría, de tristeza y angustia, tornó a Ayan en un joven taciturno. Vivía en una invisibilidad social, ¡excluido de todo!

En la familia todos vivían la angustia de Ayan. Los hermanos, que estaban estudiando, sentían una tristeza profunda por ver como a su hermano se le negaba esa oportunidad. Sonya, la mayor, trabajaba como auxiliar educativa en un jardín de infancia y Farik había obtenido un curso profesional de mecánico y trabajaba en la oficina del Señor Benoit, su futuro suegro. Ayan amaba a los animales. ¡También él habría soñado con ser veterinario si se le permitiera tener sueños!

A los 16 años consiguió encontrar un trabajo muy mal pagado. Tenía que limpiar y arrojar los desperdicios del restaurante del Señor Clement, quien le pagaba 1,5 euros por hora. ¡Era tomar el trabajo o dejarlo! A veces no recibía ni una moneda, cuando el Señor Clement argumentaba que había sido una semana mala, con pocos clientes... Pero el trabajo era el mismo. Ayan no protestaba. Tenía suerte de tener aquel trabajo. También trabajaba para el Señor Pierre en su heladería. Ayan era un buen trabajador. Trabajaba mucho y bien, si bien es cierto que ganaba poco y no disfrutaba de vacaciones, fines de semana libres o feriados laborales. Pero se conformaba, aun sabiendo que era explotado por aquellos que sabían que era un apátrida, que no tenía identidad. Como acostumbraban a decir en casa: ¡podía ser peor!

En el verano pasaba mucho tiempo en el río, su más fiel confidente. Allí podía llorar sin que nadie se diera cuenta. Si somos hijos de un mismo Dios, ¿por qué es que solamente él había sido condenado a la invisibilidad? ¿Por qué él? ¿Qué mal había hecho para merecer semejante castigo?

Quien también iba mucho al río era Juliette Renaud, la hija menor del Alcalde. Paseaba por sus orillas y ensayaba danzas graciosas con los árboles. Y fue en uno de esos días, que aconteció un encuentro fortuito y que generó la situación que lo trajo hoy a la sala donde la pantalla electrónica parpadeaba el número 34.

Un cálculo mal hecho al ensayar una de esas piruetas con un árbol a la orilla del río, Juliette se desequilibró y cayó en sus aguas. No se sabe si fue por la aflicción o si no sabía nadar, pero fue arrastrada por la corriente hacia la parte más profunda y habría perdido la vida si no fuese por el joven, apátrida e invisible, que la observaba entre los arbustos.

Ayan no dudó. Se desvistió la camisa vieja y se quitó los zapatos sin desamarrar los cordones mientras corría en dirección al río. Apenas llegó a la orilla, fijó los pies, impulsó su cuerpo y se lanzó... Nadó con la ligereza del vuelo de un ave de rapiña y rápidamente alcanzó a la joven, que luchaba desesperadamente contra la fuerza de la corriente. También él tuvo que detenerla para evitar que sus brazos, que intentaban agarrarlo, no lo alcanzaran. Primero consiguió asegurarla por el cabello, evitando que ella lo agarrara y después le pasó el brazo por debajo de la axila y de la quijada. Le colocó la boca fuera del agua, quedando con el otro brazo libre para nadar y las piernas para impulsarse.

Cuando llegó a la orilla ya se encontraban varias personas y de inmediato socorrieron a Juliette. En medio de la confusión, Ayan se había alejado y regresó a casa, a su invisibilidad de siempre. Después de tres días un vehículo fue a buscarlo a su casa. Farik y Sonya también quisieron ir. En los otros dos coches, al frente del automóvil, iban el Alcalde, Juliette, uno de sus hermanos, su madre y otros señores encorbatados.

En ese momento, se oyó una voz, que lo trajo de vuelta a la realidad.

—¿Número 34? Buenos días. ¿En qué puedo serle útil? ¡Ah! Usted es el joven valiente que apareció en todas las emisoras de televisión del país por haber salvado la vida de Juliette Renaud... ¡Vamos entonces a tratar de sus «papeles»! Supongo que tiene las tres fotografías tipo pasaporte...

Ayan no consiguió hablar. Las lágrimas le corrían por la cara como si fuesen dos fuentes en pleno invierno. Comenzó a sollozar. Era una existencia de sombras que estaba pronta a desaparecer. Se volteó para los padres y hermanos y todos ellos lloraban.

Ayan, sabía que aquellas lágrimas apenas limpiarían algunas de las sombras que lo cubrían. Pero lo que sí es cierto es que nunca volvería a su invisibilidad como apátrida y a todo aquello que esa situación le había comportado.

Cuando se dio cuenta de que existían más de 10 millones de personas apátridas y que cada 10 minutos nacía una niña o un niño sin nacionalidad, se sintió impulsado a ayudar a los que no habían corrido su misma suerte. Fundó así la *Asociación de los Niños Invisibles*, un lugar en el que intentan resolver los problemas de otros niños y niñas apátridas; un espacio de luz para alejar todas las sombras de la vida de las niñas y niños sin patria.